

la opinión pública, la cual, es necesario confesarlo, no hizo grandes bienes en Francia: porque no se fijó jamás: y causó grandes males porque auxilió sucesivamente todos los partidos con su irresistible poderio.

Hemos propuesto esta objecion con toda la fuerza de que somos capaz, y los que no aprueban que haya en las naciones una masa de opinión pública, no se quejarán de que se ha procurado debilitarla: mucho mas cuando la hemos confirmado con el ejemplo mas célebre que jamás ha presentado la historia. Ahora tratamos de disiparla, y para esto es necesario desenvolver las causas que alteraron con tanta frecuencia la opinión pública en la revolucion francesa; y el conocimiento de estas causas servirá en otra cualquier nacion para evitar su influencia y fijar la opinion general sobre bases indestructibles.

La Francia era un verdadero caos desde la muerte de Luis XIV. Las semillas del bien y del mal, de la ignorancia y de las luces, estaban mezcladas tumultuariamente. La costumbre de obedecer era favorable al despotismo reinante: los progresos de las luces reclamaban la libertad. Estando oprimido bajo cien formas diferentes el derecho de comunicar los pensamientos propios á la nacion, los filósofos necesitaban de tener cierta influencia, cierto partido entre los que gobernaban para poder sostener sus escritos. De aqui nació el partido filosófico, muy distinto del espíritu filosófico, es decir, el espíritu de exámen, de candor y de verdad que debe reinar en las obras que se presentan á la faz de la nacion. Este partido existió: la mejor prueba de su existencia son las persecuciones que suscitaron los sábios acreditados contra los que se atrevian á saber fuera de su gremio.

Ahora bien: donde hay un partido, sus intereses son siempre mirados como los primeros: y los de la virtud, la verdad y la justicia son subordinados á ellos. De aqui las contrariedades en los primeros elementos de la legislacion: de aqui las irregularidades en los principios del gobierno; y como estas nociones no se podian expresar con claridad, porque el despotismo velaba y ahogaba en su nacer las verdades demasiado terminantes, el temor de los escritores cubrió de obscuridad la ciencia que necesita de mas

existencia. Mas bien querian que se entendiese lo que callaban que lo que decian: y en las mismas contradicciones que cometian de intento, daban á entender á sus conciudadanos la absurdidad de los principios que dirigian la administracion pública.

Quando los estados generales permitieron á la opinion pública que se formase libremente, esta se fijó sobre una monarquía constitucional, que fue mirada como el mejor de los gobiernos para un estado de grande extension. Esta fue la única vez que la opinion pública se formó libre y juiciosamente: porque los sabios escribieron imparcialmente y sin temor, y la nacion leyó y aprendió tranquilamente las verdades que le interesaban. Pero no duró mucho esta disposicion ventajosa. El partido de la corte que creia haber perdido en el establecimiento de las buenas leyes, el partido filosófico que creyó no haber conseguido todo lo que deseaba, los partidos de los ambiciosos, que esperaban sacar ventajas para sí de las turbulencias públicas, lograron por diferentes medios extraviar la opinion, ya aterrando á los escritores que favorecian la verdad, ya animando á los partidarios, ya promoviendo sediciones populares y dándoles el nombre de *voz de la nacion*. En este conflicto de ambiciosos, en esta lucha tumultuaria de pasiones, el hombre virtuoso enmudeció ante la fuerza y juzgó imposible ilustrar la patria en medio de los gritos y de los puñales. Desde entonces no hubo opinion pública. Los jornaleros de los arrabales y el cuerpo de rameras de París fueron los órganos de la voz popular. Sus gritos eran proporcionados á la cantidad de dinero que habian recibido y el grado de ferocidad que los gefes de las facciones habian conseguido inspirarles. La masa general, cansada de tantos males y desesperada de encontrar la felicidad, subscribia á todas las alteraciones de París, semejante á un enfermo deshauciado, á quien le es indiferente la posicion que ha de tener en su lecho de muerte.

[Continuará]

Anuncio.

— La persona, que quiera un coche para Querétaro, Celaya, Guanajuato ó Leon, ocurra á D. Manuel Ramirez en la Alcaiseria núm. 27.